

mi lado, pero confundid antes á ese diablo encarnado.

-- Os aconsejo que recurrais á vuestras piernas Magde, le dijo Ratcliffe; pues el procurador no es nada bueno cuando está colérico.

Magde conservaba, á pesar de su locura, bastante juicio para aprovecharse de este aviso, y no fue necesario repetírselo dos veces.

Entre tanto Ratcliffe corrió á unirse con Sharpitlaw, afectando toda la actividad y celo en la obediencia; éste habia hecho una prisionera y le esperaba con impaciencia para dársela á guardar.



### CAPITULO III.

Hemos dejado al fin del tomo anterior á Jeanie Deans llena de terror, viendo despues de la partida de Robertson, varios hombres que se dirigian ácia ella. Uno de ellos era Sharpitlaw, quien adelantándose á los demas la preguntó: ¿Vos os llamais Jeanie Deans? y sobre su respuesta afirmativa le añadió: vos sois mi prisionera; pero si me decís por que ludo se ha escapado, os pondré inmediatamente en libertad.

-- Yo no sé nada, señor, le contestó Jeanie. Esta era la verdad; pero como regularmente es esta la respuesta que se presenta á los que quieren eludir una pregunta que les embaraza, el procurador fiscal creyó que ella queria engañarle.

-- ¿Pero á lo menos sabeis con quién hablais hace poco?

-- No señor, le contestó temblando.

-- Ya haremos de modo que lo sepais; le dijo Sharpitlaw.

Fue precisamente en este momento que des

cubrió á Robertson trepando por la montaña de Salisbury, y gritó á sus gentes que le siguiesen, y á Ratcliffe, que fuese á donde él estaba.

Cuando éste llegó, empujando barbaremente á Jeanie ácia él, le dijo: cuidado de esa muchacha: é inmediatamente partió para reunirse con sus compañeros, á fin de dirigir sus pesquisas, lisongeándose de que no serian infructuosas. Ratcliffe les vió separarse marchando por diferentes lados en busca de Robertson, mientras que Jeanie temblaba, hallándose sola con un hombre que ella no conocia; pero hubiera temblado mucho mas, si hubiera sabido quien era.

Despues de algunos minutos de silencio, Ratcliffe se acercó á ella; y poniéndola la mano sobre el hombro la dijo: Y bien, hija mia, ¿qué bella noche para pasaria al raso con un amante!

-- Jeanie dió algunos pasos atras sin responderle.

Vamos, vamos, le añadió Ratcliffe con tono burlon, tan familiar al hombre depravado; ¿creeis acaso que yo me imagino que una linda muchacha como vos, viene aqui con un jóven á media noche á cascar nueces?

-- Si conoceis la humanidad, señor, tened compasion de una jóven desgraciada.

-- Yo tengo ojos, mi pichoncita, y veo que sois hermosa. Yo habia formado el proyecto de ser hombre honrado, pero no parece sino que el diablo me presenta hoy á la vista, primero un procurador fiscal, y luego una hermosa muchacha..... ¿Cómo es posible resistir á estas tentaciones? Escuchad Jeanie, yo conozco un rincón, en el que todos los procuradores de Escocia no serian capaces de encontrarnos. Yo os conduciré alli; avisaré á Robetson que venga á encontrarnos; de alli pasaremos al condado de Yorkshire, en donde conozco una tropa de gente honrada, que no nos dejará carecer de nada, y dejaremos á M. Sharpitlaw morderse los dedos.

Fue una fortuna para Jeanie el haber conservado bastante presencia de ánimo en el momento que se hallaba al arbitrio de un brigante de profesion, para aprovecharse de una circunstancia que observó... un hombre que vió dirigirse ácia la capilla de San Antonio.

-- No habéis tan alto, le dijo á Ratcliffe, enseñándole la capilla: alli bajo hay un hombre.

- ¿Quién es?  
 -- Yo no sé.  
 -- ¿Robertson?  
 -- Puede ser.  
 -- ¡Pardiez! Es menester que yo lo vex.

Y sin pensar mas en Jeanie echó á correr ácia la capilla. En el instante que ésta le vió partir, tomó el camino de San Leonardo, y le atravesó con tal ligereza, que ninguno de los dependientes de policia, que estaban por allí en aquel momento, hubiera podido alcanzarla. Cuando llegó á su casa, levantar el picaporte, entrar, cerrar la puerta con el cerrojo, todo fue un instante, y lo hizo con precaucion y sin ruido. En seguida se dirigió poco á poco á la puerta de la habitacion de su padre, y advirtió que estaba durmiendo. Entonces se retiró á su cuarto contando mas que nunca con la proteccion del Cielo, pues una voz interior parecia decirle, que estaba destinada á salvar la vida de su hermana, ahora que sabia que ésta se hallaba inocente del crimen de infanticidio de que se le acusaba, y advirtió una tranquilidad interior, de que su corazón no habia disfrutado desde la prision de Effie.

Pero volvamos á Ratcliffe, que habia partido como un lebrél escitado por el cazador, cuando Jeanie le indicó que habia un hombre entre las ruinas de la capilla. ¿El motivo de su carrera era el de ayudar á los que buscaban á Robertson, y prenderle, ó facilitar su evasion? Esto es lo que ignaramos, y tal vez él mismo no lo sabia, reservándose el obrar segun las circunstancias. Ademas, no tuvo ocasion de hacer ni uno ni otro, pues en el instante que llegó á las ruinas se echó sobre él un hombre con una pistola en la mano quien con una voz aguda y áspera le gritó que se rindiese.

-- ¡Como! ¿sois vos M. Sharpitlaw? le dijo Ratcliffe sorprendido.

-- ¿Y estais vos solo? le dijo el procurador aun mas descontento. ¿Y por qué habeis dejado á Jeanie?

-- Ella me dijo que veia á Robertson junto á la capilla, y yo me dirigí á todo correr á prenderle.

-- Hemos errado el golpe; ya no le veremos en toda la noche, pero si se queda en Escocia será menester que se meta en la madriguera de algun conejo para que yo no le encuentre. Llamad á la gente, Ratcliffe.

Ratliffe les llamó á grandes voces y todos se apresuraron á obedecer esta señal, porque ninguno de ellos deseaba encontrarse con el que buscaban, y verse obligado á medirse cuerpo á cuerpo con un gallardo vigoroso determinado.

-- ¿Y qué se han hecho las dos mugeres? preguntó M. Sharpitlaw.

-- Han tomado las piernas acuestas, respondió Ratliffe, mientras yo corria ácia vos, creyendo que eraís Robertson.

-- Basta una muger para hacer abortar un proyecto aun el mas bien concebido, dijo M. Sharpitlaw. ¿Como podia yo salir bien con el mio teniendo dos sobre mis costillas? Pero á bien seguro que yo se en donde encontrarlas, si las necesito.

M. Sharpitlaw, como un general batido, reunió sus tropas desechas, las condujo á la capital y las licenció, mandando á Ratliffe volviése á la cárcel y se encargase de las funciones de segundo llavero.

Al dia siguiente por la mañana informó á los magistrados del funesto resultado de su expedicion. El presidente era el mismo que habia examinado á Butler. Este, aunque no habia re-

cibido una educacion muy brillante, sin embargo tenia una gran penetracion; era celoso por la justicia, se complacia en descubrir un culpado, pero mucho mas en hallar un inocente. Era un hombre respetable y respetado; habia adquirido por su honrada industria una fortuna, que le hacia independiente, y ocupaba en la opinion pública el primer lugar entre sus compañeros.

M. Hiddlebourg, despues de haber oido el informe del procurador fiscal, se ocupó de algunos asuntos de poco interés, é iba ya á levantar la sesion cuando le entregaron una carta dirigida al mismo, y bajo cuyo sobre se leian estas palabras. Se entregará al momento. Ella contenia lo que sigue:

» Señor. Yo se que vos soís un magistrado sábio y prudente, y un hombre que no dejariais de adorar á Dios aunque os lo mandasen todos los reyes de la tierra. Yo espero que apesar de la firma de esta carta, que reconoce la parte que he tomado en una accion, que yo no dudaré en confesar á su tiempo y que puedo justificar, no desechareis el testimonio que os ofrezco en este momento.

» El ministro Butler está inocente de lo que

se le acusa. Este se vió obligado á presenciarse un acto de justicia, que no tenia bastante energia para aprobar, y del que trató de disuadirnos con bellas palabras. Pero no es de este, de quien tengo principalmente que hablaros.

\* Existe en vuestra cárcel una muger bajo el peso de una ley tan cruel, que ha quedado sin efecto durante veinte años, como una vieja armadura tomada por el moho, y suspendida á la pared en el rincon de un desvan, y hoy se la hace revivir y se afila su corte para derramar la sangre de la mas hermosa, como de la mas inocente de cuantas mugeres haya encerrado jamas esa prision. Su hermana conoce su inocencia: pero esta hermana, esta Jeanie Deans ha sido educada en los principios fanáticos de los puritanos. Yo suplico encarecidamente á vuestra señoria (pues que esta es la expresion de estilo) le haga comprender que la vida de su hermana depende de su declaracion. Pero, aunque esta fanática calle, no creais por tanto que Effie sea culpable, ni permitais que se la castigue con la pérdida de la vida. Pensad que la de Wilson ha sido vengada; que yo estoy furioso, y que aun quedan algunos que os harán beber las heces de vuestra copa envenenada. Yo no os diré

mas que una palabra; acordaos de Portews, y decid que habeis recibido un buen consejo de *uno de los que te ahorcaron.*

El magistrado leyó dos ó tres veces esta carta extraordinaria... Al principio estuvo tentado de mirarla como la obra de un insensato; pero á la segunda lectura creyó encontrar en ella cierto aire de verdad al través de su incoherencia y de las amenazas, que parecian dictadas por la pasion del que la habia escrito.

Es una ley verdaderamente cruel, le dijo á su amanuense; yo quisiera que se pudiera poner en juicio esa pobre jóven bajo otro objeto de acusacion. Su hijo pudierou habérselo arrebatado durante sus dolores, mientras estaba insensible: ella puede ignorar quien se lo ha arrebatado, que se ha hecho: en una palabra, su crimen no está probado; y sin embargo, si ella no ha confiado á nadie su situacion debe morir.

-- Pero si se la ha descubierto á su hermana, dijo el amanuense, no debe ser ya juzgada por esta ley. Su crimen ya no es presumido; es preciso probarlo.

-- Es verdad. Yo iré uno de estos dias á San Leonardo, y examinaré á esa Jeanie. Yo co-

nozco un poco al viejo Deans; pero éste es un cameroniano, que veria morir á toda su familia mas bien que renunciar á ninguno de sus principios; y tal vez le prohibirá á su hija el que preste juramento delante de un magistrado civil. En fin, yo iré á verles; y yo creo que esto valdrá mas que hacerles comparecer de repente delante de un tribunal de justicia.

-- ¿Y Butler quedará entre tanto en la cárcel?

-- Por ahora si; pero creo poderle dar muy pronto la libertad, aun sin caucion.

-- ¿Creeis el testimonio que da en su favor la carta que acabais de recibir?

-- No del todo. Sin embargo, yo encuentro en ella una cosa que me llama la atencion. Parece escrita por un hombre, que está fuera de la ley, pero que se halla agitado ó por una passion violenta, ó por grandes remordimientos. Pero volviendo á Butler, éste gozaba de una excelente reputacion. Yo he tomado informes sobre él esta mañana, y he sabido que no llegó á Edimburgo sino la vispera de la insurreccion, por consiguiente no ha podido tener parte en el complot de los sediciosos, y no es probable que se haya unido á ellos de repente.

-- Esto no es muy seguro. Los ministros presbiterianos son como las mechas de los polvoristas, que la menor chispa les prende fuego. Yo los he visto que parecian muy pacíficos y tranquilos como un cohete pegado á la caña; pero ¿habladles de un punto de controversia? inmediatamente los vereis en medio de los aires, lanzando fuego por todas partes.

-- Yo no creo que el celo del jóven Butler sea tan inflamable. Con todo, yo tomaré nuevos informes y veremos. ¿Tenemos algo mas que despachar?

Al decir estas palabras, una vieja de la última clase del pueblo entró en la sala del consejo.

-- ¿Quién sois, buena muger? le preguntó el magistrado. ¿Qué quereis?

-- Yo quiero á mi hija.

-- ¿Pero quién sois vos, y quién es vuestra hija?

-- Yo soy Meg Murdockson, y mi hija Magdo Murdockson.

-- Pero ¿quién es esta muger, y quién es su hija? preguntó el magistrado á los oficiales de policia que habian venido á tomar sus órdenes. Haced de modo que se explique ó que se retire.

-- Señor, dijo uno de los oficiales, su hija habia sido presa como sospechosa de haber tomado parte en el negocio de Portews. Esta noche se la ha encontrado en las calles de Edimburgo á una hora intempestiva, cantando canciones, y alterando la tranquilidad pública; y como se ignoraba que hubiese sido puesta en libertad, y era demasiado tarde para incomodar al procurador fiscal, se la condujo á la cárcel. Es la jóven demente que se llama Wilfire.

-- ¡Wilfire! exclamó la madre. ¿Y quién sois vos para poner apodos á la hija de una muger honrada?

-- ¡De una muger honrada! replicó el oficial de policía apoyando sobre el epíteto *honrada* con cierto tono de ironía.

-- Si yo no lo soy, lo he sido; y esto es mas que lo que vos podeis decir. Mi hija es mi hija; y si no tiene tanto talento como las demas, es porque las demas no han sufrido tanto como ella: pero esta no es una razon para que se la tenga encerrada entre las cuatro paredes de una cárcel. Yo puedo probar con cincuenta testigos y cincuenta otros, si es menester, que mi hija no ha visto jamas á Jaime Portews muerto ó vivo, desde el día que le dió un garrotazo por haberle tira-

do un gato muerto á la peluca del lord Prevoste, el día del nacimiento del elector de Hannover.

Apesar del aire mirenable y tono grosero de aquella muger, el magistrado conoció que su petición era justa, y que podia amar á su hija tanto como la madre mas rica pudiese amar la suya: y en su vista se hizo representar todos los documentos que obraban en el tribunal sobre la causa de Portews, y viendo que nada resultaba contra Magde Murdockson ó Wildfire, mandó que se la pusiese inmediatamente en libertad.

Se pasaron algunos días antes que el magistrado pudiese ejecutar su proyecto de ir á San Leonardo, durante los cuales ocurrieron dos acontecimientos esenciales á nuestra historia.

Butler, despues de un nuevo examen de su conducta, fue declarado inocente y puesto en libertad; pero como habia presenciado todo lo que habia ocurrido la noche de la muerte de Portews, se exigió de él una obligación de no ausentarse de Libberton y de presentarse como testigo siempre que se le llamase. El segundo incidente fue el haber desaparecido Meg y Magde Murdockson, de modo

que necesitado M. Sharpitlaw hacerles un segundo interrogatorio fue imposible descubrir su paradero.

Entre tanto los deseos de asegurar el castigo de los autores de la muerte de Portews, dictaron al consejo de regencia ciertas medidas en las que se atendió mas á la venganza, que al carácter del pueblo, y sobre todo al de los ministros de la religion dominante en el pais. Por un acto del parlamento se ofreció una recompensa de doscientas libras esterlinas á cualquiera que descubriese uno de los autores ó cómplices de la muerte de Portews, y se impuso pena de muerte á todo el que ocultase á un culpado; disposicion severa y extraordinaria. Pero lo que irritó todos los ánimos, fue una cláusula por la que se mandaba, que este acto seria leído por el ministro en todas las iglesias el primer domingo de cada mes antes del sermon, hasta que los criminales fuesen entregados á la justicia; y se declaró á los ministros, que se negasen á obedecer esta orden, incapaces de obtener ningun lugar en su gerarquia eclesiástica respectiva.

La iglesia escocesa no reconocia ningun derecho en la autoridad civil con respecto á las

operaciones del clero, aun aquellas que tenían solo relacion con los negocios temporales, y que eran del resorte del gobierno, llevando su celo hasta el extremo de mirar como un sacrilegio solo el pronunciar en una iglesia el nombre del lord temporal. Los mas celosos presbiterianos miraban cualquier acto de diferenciencia ó de obediencia por parte del clero á las órdenes ó disposiciones civiles emanadas del gobierno, como un atentado contra los derechos de su cuerpo, que no reconocia bajo ningun respecto otro superior mas que la asamblea general, que representaba en su opinion el gefe invisible de su iglesia.

Otras disposiciones, tomadas por el gobierno privando á la ciudad de Edimburgo de ciertos privilegios, como para castigarla de una conmocion popular, que habia sido demasiado repentina y violenta para poder ser reprimida, fueron miradas por las gentes sensatas como un pretesto de que se habia valido la corte para humillar á la antigua metrópoli de Escocia. En una palabra, el descontento era general.

En medio de estas agitaciones se señaló el dia que debia reunirse el tribunal para juzgar á Effie Deans que estaba en la cárcel hacia ya al-

gunas semanas. Pocos dias antes M. Middlebourg se dirigió á San Leonardo. En aquel tiempo la excursion parecia larga para un rico y digno habitante de la ciudad, aunque hoy la mayor parte de ellos tengan sus hermosas casas de campo á mas larga distancia, y no se cansen en ir y volver en el mismo dia ó en la misma mañana. Sin embargo, un paseo de media hora, hecho con el paso mesurado que convenia á la gravidad de un magistrado, bastó para conducir al benéfico y honrado Bailio á la humilde morada de David Deans.

El viejo estaba á la puerta de su casa sentado sobre un banco de cesped, componiendo los arneses de su caballo, pues en aquella época todas las obras que exigian un cierto cuidado y habilidad mas que lo ordinario, eran propias del gefe de la familia, aunque por otra parte disfrutase de una decente fortuna. Deans levantó la cabeza viendo que un estrangero se dirigia ácia él, pero no interrumpió su trabajo, de modo que M. Middlebourg se vió obligado á hablar el primero, y á anunciarse él mismo.

-- Yo me llamo Jaime Middlebourg, uno de los magistrados actuales de la ciudad de Edimburgo.

-- Es posible, le contestó Deans laconicamente sin dejar su trabajo.

-- Vos debeis saber que las obligaciones de un magistrado no son siempre muy agradables de llenar.

-- Es posible, replicó David Deans, pero sin levantar los ojos de su trabajo: nada tengo que añadir en contra.

Vos sabeis tambien que nuestras funciones nos obligan á veces á hacer preguntas, tan sensibles para los que las hacen, como para los que se ven obligados á responder á ellas.

-- Es posible, dijo aun Deans. Pero yo me acuerdo tambien, añadió, que hubo un tiempo en que la magistratura de Edimburgo estaba compuesta enteramente de hombres justos, temerosos de Dios, que no adoraron nunca los ídolos de los amalecitas, y que sostuvieron el arca santa con una mano firme y segura. No se veian entonces ni ariminienses, ni socinianos, ni esas sabandijas de Egipto, que ha vomitado sobre nuestros campos la Inglaterra, salidas de los poros de iniquidad para desgracia de esta generacion indiferente, insidiosa y perversa.

-- Es posible, como lo deciais hace poco M.

Deans, le contestó el magistrado. Pero es menester que yo os informe del objeto de mi visita. ¿Vos teneis dos hijas, á lo que creo?

El anciano Deans pareció sufrir los dolores de un hombre á quien se sondea una herida; pero reunió todas sus fuerzas, y respondió con un aire tranquilo, aunque sombrío. Yo no tengo mas que una, señor, una sola.

-- Yo os comprendo. Vos no teneis mas que una hija en vuestra compañía.... Pero ¿esa infortunada que está en la carcel.... no es tambien vuestra hija?

-- ¿Mi hija?... Si, lo es segun la carne, segun el mundo; pero cuando vino á ser la de Belial, cuando se separó de los caminos de la gracia para entrar en los de la perdicion, entonces cesó de ser mi hija.

-- ¡Ah! señor Deans; le dijo el magistrado sentándose á su lado y queriendo cogerle la mano, que el viejo retiró con altivez; nosotros somos todos pecadores, y las faltas de nuestros hijos no deben ser un motivo para que los desterremos de nuestro corazon, pues que son una consecuencia de la debilidad de nuestra naturaleza.

-- Señor, esclamó Deans con impaciencia: yo

se tambien como... yo quiero decir, como... y calmado su cólera, añadió, como lo que vos decis puede ser justo y razonable, pero no me es permitido hablar de mis asuntos particulares con los estrangeros. Y por otra parte, en el momento en que nos hallamos, cuando ese negocio de Portews ocasiona nuevas heridas á la iglesia, que sufre y se halla perseguida....

-- Pero, mi buen amigo, le dijo el magistrado, es preciso que penseis antes en vuestros propios cuidados.

-- Yo os digo, Bailio Middlebourg, pues que vos sois Bailio (lo que no es un grande honor en estos tiempos deplorables), que los negocios carnales no son nada en comparacion de los de la vida eterna. ¡Si vos hubieseis oido como yo al digno Saunders Peden hablar de la nada, de las cosas temporales y de los afectos de la sangre....

-- ¡Pero vuestra hija, M. Deans! ¡vuestra hija! ¡si fuese posible salvarla la vida!

-- ¿Salvarle la vida?... Yo no daria ni un cabello de mi cabeza para salvársela, si es criminal... pero me equivoco: yo los daria todos, yo daria mi vida porque ella tuviese tiempo de

arrepentirse, y de hacer penitencia; no la veré mas, estoy decidido; no la veré mas.

-- Señor Deans, le dijo el magistrado, yo os hablo como un hombre de juicio, y os digo qué si quereis salvar la vida de vuestra hija, es menester recurrir á los medios humanos; esto no está en oposicion con las leyes divinas.

-- Yo entiendo lo que quereis decir. M. Novit, que es el abogado del Laird de Dumbidikes hará lo que permite la prudencia humana en iguales casos. En cuanto á mí: yo no puedo mezclarme en semejante asunto: yo no tengo nada que ver con vuestros jueces, ni con vuestros tribunales. Yo tengo mi conciencia, M. Middlebourg.

-- Es decir, que vos sois cameroiano, y no reconocéis la autoridad de nuestros tribunales de justicia bajo el gobierno actual.

-- Yo no sé, señor, si yo merezco apellidarme de ese modo: yo no tomo mi nombre de ninguna secta; yo soy lo que todos saben; yo tengo mis principios y debo seguirlos.

¿Y estos principios, ós proiben prestar juramento delante de los tribunales de justicia como se hallan establecidos hoy? Además, yo no he venido aquí para oír una disertacion teo-

lógica: yo he mandado citar á vuestra hija Jeanie ante el tribunal supremo de justicia el día que se vea la causa de Effie. La vida de ésta depende de la declaracion que haga su hermana. Si vos le inspirais escrúpulos sobre la legitimidad de su comparecencia, si le impedís por ellos el que desempeñe los deberes de una buena hermana, yo debo deciros, por dura que os parezca esta verdad, que vos mismo, vos solo, seriais la causa de la muerte aciaga y prematura de vuestra hija.

Diciendo esto, M. Middlebourg se levantó para irse.

-- ¡Un momento, un momento, M. Middlebourg! exclamó Deans como embarazado y perplejo: pero el magistrado preveyendo que una discusion mas larga debilitaria tal vez la impresion que habia hecho su argumento, le contestó que no podia detenerse mas, y tomó el camino de Edimburgo.

Deans cayó sobre su banco, como aturrido por el golpe que acababa de recibir. Era una gran materia de controversia en la iglesia presbiteriana, el saber hasta qué punto se podia, sin pecado, reconocer el gobierno establecido despues de la reunion de la Escocia á la

Inglaterra, de la que resultó dividirse en un sin número de sectas que no estaban de acuerdo mas que sobre ciertos puntos, y que se tenían mutuamente como heréticas en orden á las demas. La secta á que pertenecía Deans, hubiera mirado como una apostasia el acto de comparecer ante un tribunal de justicia, compuesto de jueces que no fuesen presbiterianos, para hacer una declaracion bajo la fe del juramento. Sin embargo, el amor paterno no se habia estinguido enteramente en su corazon por los esfuerzos del fanatismo, y su imaginacion fértil en resolver dificultades polémicas, buseaba medios para desembarazarse de un dilema espantoso, que le ofrecia por un lado la renuncia á sus principios, y por el otro una perspectiva, que los ojos de un padre nunca pueden mirar sin horror.

-- Yo he prestado testimonio con constancia, se decia Deans, sin titubear jamas. Pero ¿quién podrá reprocharme que yo juzgue con demasiada severidad á mi vecino por que él marcha por una senda menos derecha que la mia? Mi hija puede ver el objeto de que se trata bajo un punto de vista diferente que yo. Si su conciencia le permite comparecer ante el tribunal

de justicia, porqué le diré yo.... ; detente!..... ¿Pero si ella se lo prohíbe?... Aquí se detuvo un momento, y una agonía terrible, que le oprimia el corazon, le quitó hasta la facultad de reflexionar. Pero la firmeza de su carácter le decidió en fin. Si su conciencia no se lo permite, no le diré que lo haga. Yo no trateré jamas de destruir los escrúpulos religiosos de una de mis hijas, aunque sea para salvar la vida de la otra.

